

Ponferrada París

José Luis Suárez Roca

Hay un árbol que se llama cuento, y hay un país que inventa ciudades que no malgastan sus violetas.

Habíamos pensado salir de la ciudad a la búsqueda de algún almendro en flor por esas colinas del demonio: el brote que nos hablase de un tiempo en que no hubiera soflamas de obispos corrompidos ni manipulaciones de votos de gitanos. Pero algo nos empujaba a permanecer dentro, tal vez la niebla que crujía... El azar nos llevó primero hasta una librería, y allí nos encontramos con *Recuento de invenciones*, esta reciente y radiante antología de cuentos de don Antonio Pereira que nos late entre las manos.

Es posible que no haya un lugar en el mundo con tantos amaneceres perdidos como el vestíbulo de una estación de autobuses. Esa mañana sin embargo pudimos evitar la nostalgia al entrar en su misteriosa atmósfera y al ver el nombre sobreimpreso en la pantalla se lo preguntamos a la chica que a lo mejor se llama Obdulia o Elisa y despachaba los billetes.

«El viaje hasta París cuesta ochenta y cuatro euros, y el autobús sale los jueves a las cuatro y cuarto. Aquí tiene una lista de las estaciones». Toda una tarde y una noche entera hasta las doce del mediodía siguiente, una aventura terrible. Y en los andenes, esos espacios donde conviven todavía las maletas de los violinistas y el fulgor de los cuentos, en los andenes se abrió entonces una enorme ventana a la carretera que desde el Noroeste conducía hasta París...

En Astorga se detiene el autobús a eso de las cinco y hasta ahí nos embelesaríamos con 'El toque del obispo', qué final para un cuento en el que de niño ya se aprende que «toda la vida es un viaje». Justo al llegar a León terminaríamos de paladear 'Las peras de Dios', resonando aún en el aire místico de la capital la jugosa frase del abuelo Criso, el abuelo como un loco gritando «¡Las peras de Dios!», sólo Pereira sabe reproducir el gesto y el tono del abuelo que lo parió.

Y por ahí seguiríamos, son cincuenta y seis cuentos y dieciséis estaciones hasta París: qué historias veniales de amor comenzaríamos a gozar en Burgos, en Bilbao, qué camelias y palabras enamoradas escucharíamos en Burdeos o en Niort, qué

delicia de Picassos encontraríamos en los desvanes de Poitiers, Tours, Orleans, qué jardines y milagros y caballeros solventes en Versailles, mientras, París allí, París esperándonos con la arrogante sonrisa de su i latinoamericana....

Me hubiera gustado hablarles de estos árboles y este país que es Antonio Pereira a aquellas cuatro mulatas que en una esquina de la cafetería estaban desayunando, como quien acaba de trabajar la noche y apenas le queda tiempo para acariciarse un poquito el alma.

Es lo que tiene esta ciudad: una violeta eléctrica crepitando en la estación de autobuses es una invitación al viaje a París con una antología de cuentos de Pereira entre las manos.